LOS HOMBRES EN *PEPITA JIMÉNEZ*: PRIVILEGIADOS Y RESTRINGIDOS

Carlos Valencia Verdeja

Dentro de los estudios feministas publicados acerca de la época y la novela decimonónica española, parece que la tónica general sigue siendo el estudio de los personajes femeninos y su circunstancia mientras que, en comparación, las investigaciones en torno a los personajes masculinos escasean. En un principio, este favoritismo para con los personajes femeninos parecería lógico, pero creo que las bases de la crítica feminista son más amplias. Los estudios feministas pueden y deben analizar con más detalle a los personajes masculinos preguntándose cosas como: ¿qué papel/es desempeñan los hombres en todas estas novelas?; ¿cómo repercute el sistema del patriarcado en su forma de ser y de relacionarse?; ¿están estos «dominadores natos» de veras tan libres como parece para obrar y comportarse como quieren dentro del sistema patriarcal o sufren también alguna repercusión?

Estas son precisamente algunas de las preguntas que pretendo acometer en este estudio pero, por razones obvias de tiempo, voy a limitar mi análisis de los personajes masculinos de una sola novela, *Pepita Jiménez* de Juan Valera.

Eve Sedgwick, en su libro *Between Men*, utiliza el término relaciones homo-sociales («homosocial relationships») para delimitar las relaciones sociales entre personas del mismo sexo y muestra la importancia que tienen éstas, concretamente las que se desarrollan entre hombres, dentro de una sociedad patriarcal. Sedgwick señala que las relaciones entre hombres, no sólo fortalecen el sistema de patriarcado que oprime y aísla a la mujer, sino que el sistema en sí depende de las relaciones entre los hombres que lo forman [1985: 50]. Dado que parece haber consenso entre la crítica feminista que *Pepita Jiménez* refleja el estereotipo patriarcal[1] («echoes the patriarcal

[1] Ver los estudios de Lou Charnon-Deutsch, Gabriel García Bajo, Teresia Taylor y Ruth Hoff.

stereotype»), creo conveniente examinar las relaciones homosociales entre los personajes masculinos más destacados de la novela para determinar cómo dichas relaciones afectan y/o se ven afectadas por los valores de una sociedad patriarcal [Taylor: 19].

La primera y más importante de estas relaciones es la de don Luis de Vargas y su padre, don Pedro[2]. Luis, hijo ilegítimo de Don Pedro, fue enviado por éste a vivir con su tío el deán poco después de nacer. Ahora, doce años después y poco antes de ordenarse sacerdote, regresa por orden de su tío para pasar una temporada cerca de su padre. Desde el principio de la novela podemos observar que, a pesar de que Luis ya sabía que su padre era el cacique del pueblo al que regresa, le sorprende el papel social tan preponderante que ocupa[3]. Don Pedro no sólo es poseedor de «olivares, viñas y cortijos» [Valera: 141] sino que a sus 55 años sigue siendo un hombre atractivo que llega hasta a causar la envidia de los jóvenes más apuestos del lugar. Es importante notar que esto lo sabemos gracias a las apreciaciones y comentarios del propio Luis, lo cual quiere decir que conoce perfectamente el papel que ocupa su padre dentro de esta sociedad rural.

A lo largo de la novela prácticamente no hay interacción entre don Pedro y su hijo hasta que Luis decide que quiere aprender a montar a caballo. A partir de ese momento, y una vez que don Luis ha aprendido a montar, don Pedro quiere enseñarle también a derribar, a practicar esgrima, a manejar la navaja, a fumar, a tirar con pistola y a la barra [Valera: 214]. ¿Qué ha ocurrido? Se diría que don Pedro se pone más contento y le dedica más atención a su hijo cuando éste decide que quiere montar a caballo que cuando lo ve después de doce años de ausencia. ¿De dónde viene su alegría y gozo? Creo que es bastante obvio. Sabemos que durante toda la primera parte de la novela, Don Pedro obliga a que Luis se quede en el pueblo y le coarta a que participe en la vida social del pueblo en la que no quiere participar. Esta insistencia en que su hijo se quede en el pueblo al

---

[2] Todas las citas textuales pertenecen a la edición de *Pepita Jiménez de 1999*.

[3] Don Luis no anda descaminado en sus impresiones ya que, como indica Richard Herr en su libro *España y la Revolución del siglo XVIII*, los caciques en esa España «llegaron a ser figuras características que dominaban la vida local, intimidaban a los oficiales de los Concejos, descargaban el pago de sus impuestos sobre los pobres y monopolizaban las dehesas», Juan Valera, 1999, pp. 89-90.

lado suyo es precisamente para que «aprenda a ser un hombre» de acuerdo a los patrones instituidos por la sociedad patriarcal que don Pedro encarna. También desde comienzos de la novela vemos claramente que para la gente del pueblo Luis no es «un hombre». Prueba ello es que todos se refieren a él como «Luisito» o «el niño de don Pedro». Está claro que para la gente del pueblo, Luis, en su empeño de ser sacerdote, no ejerce el papel que debería dentro de la sociedad patriarcal. No es de extrañar entonces que don Pedro dé saltos de alegría cuando su hijo decide que quiere aprender a montar a caballo, que en la mente de su padre es lo equivalente a querer aprender a «ser hombre». Una vez transformado en ese modelo de hombre que su padre siempre quería que fuese, Luis siente la necesidad de actuar y de comportarse como tal. Un ejemplo perfecto de esta actitud aparece al final de la novela, cuando Luis quiere vengar el honor de Pepita ante el conde de Genazahar. En ese instante, el narrador afirma que «la sangre de su padre, que hervía en sus venas, le despertaba la cólera» y de ahí que no pueda evitar comportarse de una manera que a él mismo le parece ilógica [Valera: 274]. A pesar de racionalizar su estado, decide «buscar camorra con cualquier pretexto» y logra vencer al conde, primero en el juego y posteriormente en duelo [Valera: 326]. Como resultado de dicho duelo don Luis casi mata al conde y tiene unos instantes de angustia existencial pensando, «Él, que no se creía capaz de matar un gorrión, acaso acababa de matar a un hombre» [Valera: 333]. ¿Qué había sido de sus sueños y vocación religiosa? Curiosamente le echa la culpa de su comportamiento al demonio cuando en mi opinión, si hay alguien o algo culpable de su transformación, es la influencia de su padre y los valores del sistema patriarcal que éste encarna.

Al final de la novela, después del duelo, don Luis sale herido y don Pedro se desvive por cuidar de él, «acompañándole y cuidándole con singular cariño» [Valera: 334]. Es entonces cuando don Luis confiesa a su padre su enamoramiento con Pepita. El padre responde con una carcajada y le dice a su hijo que ya sabe de sus amores gracias a la correspondencia que ha mantenido con su tío desde hace más de dos meses. Admite que al enterarse sintió rabia y algo de celos pero que su actitud cambió pronto y confiesa que después de reflexionar su «mortificación» y su «aflicción se convirtieron en gozo». A esta sorprendente reacción añade, «Tener un hijo santo hubiera lisonjeado mi vanidad; pero hubiera sentido yo quedarme sin un heredero de mi casa y nombre, que me diese lindos nietos, y que des-

pués de mi muerte disfrutase de mis bienes, que son mi gloria [...]» [Valera: 339]. Si hay algo que destaca en esta cita es el uso del posesivo «mi» y creo que este pequeño detalle es de suma importancia a la hora de entender la verdadera naturaleza de la relación entre padre e hijo. Don Pedro es el egoísmo en persona. Cuando nació Luis se lo quitó de en medio enviándoselo a su tío. Ahora, doce años más tarde, empieza a notar que se está haciendo viejo y ve los amores de su hijo con Pepita casi como un regalo del cielo para seguir ejerciendo de patriarca [Valera: 151, 177]. En resumen, podemos afirmar que desde el momento que Luis pone pie en el pueblo don Pedro lo retiene en contra de su voluntad y lo moldea para que sea el tipo de hombre que él y la sociedad quieren que sea. Luis, por su parte, no es ajeno a estas pretensiones paternas pues en la primera carta a su tío (22 de marzo) ya afirma que, «En el amor paterno hay algo de egoísta; es como una prolongación del egoísmo. Todo mi valer, si yo le tuviese, mi padre le consideraría como creación suya, como si yo fuera emanación de su personalidad» [Valera: 156]. Sin embargo, Luis tiene otros planes. Bajo la tutela de su tío el deán parece haber encontrado otra posición social que le permitirá subir a lo más alto, incluso por encima de su padre.

Creo que es significativo lo que dice Luis al volver a ver la casa de su padre, el cacique, tras sus años de vida en el Seminario: «Todo me parece más chico, mucho más chico [...] la casa de mi padre, que en mi imaginación era inmensa, es sin duda una gran casa de un rico labrador, pero más pequeña que el Seminario» [Valera: 139]. Luis parece reconfortarse psicológicamente al ver que el Seminario, es decir, la Iglesia, está por encima o es más poderosa de lo que su padre representa en la sociedad. Hay muchas otras instancias en las que don Luis verbaliza esta especie de jerarquía interna que parece tener, según la cual es palpable que el convertirse en un hombre de Iglesia ocupa para él un estatus social por encima del de su padre. Por ejemplo cuando afirma que una vez se vea «elevado a la dignidad de sacerdocio» poseerá «un don sobrenatural [...] la facultad de perdonar pecados y la misión de enseñar a las gentes» y de traer a sus manos «al mismo Dios humanado» [Valera: 153].

Al final de la novela, es obvio que los planes de don Pedro de convertir a su hijo en un hombre que se ajuste y dé continuidad al modelo de hombre dictado por la sociedad patriarcal son los que triunfan por encima de la vocación religiosa de Luis, ya que éste confiesa la falsedad de su

propensión diciendo: «He sido un santo postizo [...] había leído libros devotos como quien lee novelas [...] yo no hubiera caído si de verdad hubiera tenido una vocación verdadera [...] era una ambición mundana como otra cualquiera» [Valera: 313].

La segunda relación que quiero analizar es la de Luis con su tío el deán. Desde el comienzo de la novela tan sólo «oímos» la voz del deán por voz interpuesta, es decir, a través de Luis, pero eso nos basta para notar que la relación de éste para con su tío es de la más absoluta veneración. En las sucesivas cartas que le envía se dirige a él con el apelativo de «venerado maestro», y le agradece «toda a la atinada educación, la santa enseñanza y el buen ejemplo» que le ha dado a lo largo de los años [Valera: 139, 153]. Se puede decir que el deán desempeña para Luis, en cierto modo, el rol de un confesor espiritual. Sin embargo, a medida que transcurre la novela parece que la presencia y autoridad del deán va perdiendo fuerza. El primer ejemplo de esta transformación lo tenemos en la carta del 20 de abril, en la cual sabemos que el deán ha advertido a su sobrino que evite el contacto con Pepita. A esta primera reprimenda, Luis, aunque dice agradecer «los consejos y prudentes amonestaciones», básicamente los ignora [Valera: 190]. Esta tendencia va a más a medida que transcurre la novela. En la carta del 4 de mayo, el deán, viendo que su sobrino está a punto de sucumbir a los encantos de Pepita, le dice que huya, que «la gran victoria en cierto género de batallas consiste en la fuga; que huir es vencer [...]». Luis vuelve a desobedecerle diciendo, «usted sabe de sobra que el huir no depende de mi voluntad. Mi padre no quiere que me vaya; mi padre me retiene a pesar mío; tengo que obedecerle» [Valera: 195]. Se puede decir que al final de la novela a don Luis tan sólo le preocupa no ofender a su padre y la veneración y obediencia a su «maestro» ha desaparecido.

¿De dónde viene este repentino cambio de actitud de don Luis? Obviamente su enamoramiento de Pepita es un factor considerable pero creo que no es todo. Ya hemos visto que Luis es consciente de que, una vez sea sacerdote, gozará de un poder incluso superior al de su padre. Pero hay algo más. Luis también cree que la ordenación le va a encumbrar a un estatus varonil, de ahí que acepte y entienda que su tío le reprenda su «afeminada pasión de ánimo» y se alegre de ver que su tío «reconoce y aplaude la energía verdaderamente varonil que debe haber en el afecto y en la mente que anhelan elevarse a Dios» [Valera: 197]. Es decir, para Luis, el sacerdocio no

es sólo un estatus de poder sino que es, de alguna manera, «más masculino». No quiere saber nada con la languidez y la ternura enfermiza que «es atributo de menos que mujeres». Lo que él va a ejercer al ser ordenado es «la caridad, la devoción y el amor divino» que son pasiones «de más que hombres [...]» [Valera: 197]. Sin embargo, estos delirios de «hombría santa» se desvanecen cuando Luis se enfrenta a la realidad del tipo de «hombre» que está abocado a ser si quiere conquistar a Pepita.

Una vez que Luis confiesa haber sido «un santo postizo» está claro que su tío ha dejado de ser su guión y las ilusiones de convertirse en «hombre santo» han sucumbido frente a las de ser un «hombre recio». En otras palabras, las ideas de la magnificencia del sacerdocio perecen frente al todo poderoso patriarcado.

Según Teresia Taylor, los modelos de comportamiento femenino que aparecen en *Pepita Jiménez* estuvieron profundamente influidos por la cultura patriarcal que les dio origen («Valera's varying models of female behavior, in this novel [*Pepita Jiménez*], were profoundly influenced by the patriarchal culture that engendered that stance») [1997: 17]. ¿Y los hombres? ¿Son tan libres como parecen o están también forzados a comportarse de acuerdo a unas normas de vida dictadas por el sistema patriarcal? Creo que en el caso de don Luis la respuesta es obvia. Las fuerzas patriarcales conspiran para canalizar su conducta.

En la introducción que hace Mary Orr a su estudio de los papeles masculinos en *Madame Bovary*, hace reseña a un estudio anterior de las mujeres en Flaubert hecho por Lúcete Czyba, y afirma que el error de este excelente estudio es que asume que el villano que victimiza a las mujeres es el Patriarcado, y que las mujeres son sus únicas víctimas («the blindspot in the excellent study is to assume that the villain in women's victimization is Patriarchy and that women are its only victims») [1999: 13]. Precisamente mi estudio de los personajes masculinos en *Pepita Jiménez* se ha basado en la misma premisa que el estudio que hace Mary Orr, y ésta es que los hombres son también víctimas del mismo Patriarcado que oprime a las mujeres ya que deben ceñirse a un determinado concepto de masculinidad, el cual a su vez instaura una serie de características «femeninas» inaceptables para los hombres («men too will have been victims of the same Patriarchy through the constructions of acceptable masculinity and the concomitantly unacceptable 'feminine' characteristics for men») [1999: 13].

Luis, hijo ilegítimo de un patriarca rural que se deshace de él cuando nace, vuelve al pueblo tras doce años de ausencia para pasar un tiempo con su padre antes de ordenarse sacerdote. Al llegar allí, lo primero que dice es, «salí de aquí tan niño y he vuelto hecho un hombre» [Valera: 139]. No tardará mucho en comprobar lo equivocado que está. En el pueblo de su padre topa con lo que, en palabras de Margaret Andersen, es un patrón de expectativas que prescriben los comportamientos y creencias apropiadas para los miembros de la sociedad («a pattern of expectations about what are appropriate behaviors and beliefs for members of a society»), y estas expectativas son que, siendo el hijo del cacique, debe olvidarse de su vocación, casarse y darle ascendencia a su padre [1997: 47]. Ellen S. Silber nos recuerda que cada cultura tiene su propio concepto del género y de las características y la conducta que se espera de los hombres y las mujeres que la componen («every culture has its own notions of gender, the characteristics and behaviors expected of males and females») [1990: 10]. En el caso de Luis está bien claro lo que se espera de él, tanto por parte de su padre como de su tío. Alguno de los dos tiene que lograr convertir a Luis en el hombre que ellos quieren que sea, pero en todo esto, ¿qué papel juega Luis?, ¿dónde está su libertad? Mary Anne Ferguson alude a la circunstancia de Pepita en la novela como restringida («fenced in») por el sistema patriarcal que la oprime y la limita [1986: 5]. Del mismo modo creo este calificativo podría aplicarse a la circunstancia de Luis, ya que su situación está también limitada a comportarse de acuerdo a las normas establecidas por el sistema patriarcal. Si Pepita es, como dice Teresia Taylor, un estereotipo de lo que se esperaba de la mujer en la España del siglo diecinueve («is a stereotype of what nineteenth–century Spain expected women of her generation to be»), creo que don Luis no se queda corto [1997: 18]. Cierto es que dentro de la sociedad patriarcal los hombres gozaban de más libertad y autonomía, sobre todo en la esfera pública. Sin embargo, en el terreno del psiquismo personal, las posibilidades de expresarse, en circunstancia y en temperamento, estaban firmemente circunscritas por los privilegios masculinos de ser soltero, marido, padre; siendo siempre el líder y autoridad de la relación («the possibilities for expression through circumstance and temperament were firmly circumscribed by the male prerogatives of being bachelor, husband, father, at all times taking the lead in relationship and being the final authority») [1997: 13].

No se puede negar que los hombres en *Pepita Jiménez* disfrutan de libertades y privilegios a los cuales las mujeres no tienen acceso. Sin embargo, esto no quiere decir que su género no los limitara también en cierto modo. Creo que lo que dice Mary Orr sobre la Francia del siglo diecinueve es igual de cierto en España: el hacerse hombre no era menos problemático que hacerse mujer («becoming a man in nineteenth–century France is no less problematic than becoming a woman») [1999: 13].

BIBLIOGRAFÍA

ANDERSEN, Margaret, *Thinking about Women: Sociological and Feminist Perspectives*. Boston, Allyn and Bacon, 1997

CHARNON–DEUTSCH, Lou, «Gender Specific Roles in *Pepita Jiménez*», *Revista de estudios hispánicos*, 19, 1985, pp. 87-105

———— *Gender and Representation: Women in Spanish Realist Fiction*, Ámsterdam, John Benjamins, 1990

FERGUSON, Mary Anne, ed., *Images of Women in Literature*, 4th ed. Boston, Houghton Mifflin, 1986

GARCÍA BAJO, Gabriel, «La naturaleza domesticada en *Pepita Jiménez*», *Anales Galdosianos*, 35, 2000, pp. 65-77

LABANYI, Jo, «City, Country and Adultery in *La Regenta*», *Bulletin of Hispanic Studies*, 53, 1986, pp. 53-66

LACAN, Jacques, «On a Question Preliminary to Any Possible Treatment of Psychosis», *Ecrits: A Selection*, New York, Norton, 1977

ORR, Mary, *Madame Bovary. Representations of the Masculine*, Berne, European Academic Publishers, 1999

RICH, Adrienne, *On Lies, Secrets and Silence*, London, Virago, 1980

———— «Dancing through the Minefield: Some Observations on the Theory, Practice, and Politics of a Feminist Literary Criticism», *Feminist Studies*, 6.1, Spring 1980, pp.144-67

SEDGWICK, Eve K., *Between Men*, New York, Columbia University Press, 1985.

SILBER, Ellen S., «Reconstructing Our Knowledge of Culture: Using Literary Texts by Women and Men», *ERIC/CLL News Bulletin*, XIV No. 1, (Sept) 1990, pp. 1-12

TAYLOR, Teresia L., *The Representation of Women in the Novels of Juan Valera*, New York, Peter Lang Publishing, 1997

TURNER, Harriet S., «*Nescit labi virtus*: Authorial Self-Critique in *Pepita Jiménez*», *Romance Quarterly*, 35, 1988, pp. 347-57

VALERA, Juan, *Pepita Jiménez*, Madrid, Cátedra, 1999